

# Capítulo I

Era una fría tarde de Febrero. Había dejado currículums en varias agencias de trabajo. Cuando ya casi se había dado por vencido, sonó su móvil. En la pantalla, un número desconocido.

—¿Sí? —dijo sin disimular su ilusión.

—¿Es usted Joan Semira?

— Sí, soy yo.

— Tengo que hablar con usted, ¿le viene bien hoy a las cinco? —preguntó el desconocido.

— Sí, sí, claro. —dijo Joan— ¿Pero dónde? ¿Y para qué?

— En el campus de la Universidad de Zaragoza. —Sin más palabras el desconocido colgó el teléfono.

Joan volvió a su casa lo más rápido posible, sacó de la nevera lo primero que encontró y se preparó un almuerzo bastante improvisado.

Después de comer se dio una ducha y se cambió de ropa. Ya eran las tres y media. Le quedaba una hora y media y la universidad estaba a unos veinte minutos, así que encendió la tele y puso las noticias, cuando de pronto... le sonó el móvil

— Hola.. —dijo una voz desde el otro lado del auricular— ¿Se acuerda usted de mí? Soy el que le llamó hace un rato...

— Sí, sí que me acuerdo.

— ¿Podría venir lo antes posible, por favor?, me ha surgido un imprevisto y tendré que marcharme antes.

— Vale, voy para allá —Joan colgó el teléfono y salió corriendo de su casa sin ni siquiera apagar la televisión.

Llegó rápidamente y se sentó en un banco, bajo la sombra de un pequeño árbol.

Desde ahí observaba, no con disimulo sino descaradamente, a todo el que caminaba por allí.

En su mayoría eran jóvenes, aunque también había gente de mayor edad. Entre todos destacaba un hombre de entre unos treinta o treintacinco, de complexión delgada, que vestía un traje color azul

oscuro, casi negro, tenía pelo castaño con algunas canas y se cubría los ojos con unas gafas de sol. Tenía una actitud impaciente, consultaba su reloj casi continuamente. Harto de tanta espera, el hombre de traje cogió su móvil y marcó un número...

A unos pocos metros sonó el móvil de Joan. Éste, ya sin prisas, se tomó su tiempo en buscar su móvil. Una vez que lo tenía ya entre sus manos dudaba si cogerlo o no...

— Sí, dígame —desistió el joven.

— ¿Le falta mucho para llegar? —Insistió el hombre desde el otro lado del auricular

— Ya estoy aquí —en cuanto pronunció estas palabras el hombre de traje miró a su alrededor en busca de alguien que estuviera hablando por el móvil. Y lo vio: un joven, que se encontraba en este momento de pie bajo la sombra de un árbol observando como unos niños, que seguramente habrían acompañado a algún estudiante, jugaban al fútbol con un balón algo improvisado, una lata.

El interlocutor colgó el teléfono. Joan no se dio cuenta de este hecho hasta que el móvil empezó a pitar en señal de que la otra persona había colgado. Pero para ese momento el hombre del traje ya estaba a su lado.

Se quitó las gafas con la mano derecha, las guardó en su bolsillo y extendió la mano a Joan.

— Usted debe de ser Joan Semira ¿me equivoco? —dijo cuando Joan le tendió la mano.

— Sí, lo soy, ¿y usted es ...? —preguntó al darse cuenta de que había quedado con alguien del que no conocía ni su nombre.

— Mi nombre es Vladimir —dijo con un acento tosco, probablemente ruso. —¿Nos sentamos?

— Sí, cómo no... —Joan intentaba disimular lo tenso que se encontraba, porque sabía que, aunque no lo hubiera mencionado en ningún momento ese hombre quería contratarle. ¿Para qué otra cosa lo habría llamado si no?— Bueno, ¿de qué quería hablar?

— He leído el currículum que dejó en “Brumin Consultora S.L” y he visto que se ha licenciado recientemente en Ingeniería, es algo raro que aún esté sin trabajo, pero bueno... —Carraspeó y continuó hablando.— Tengo un pequeño proyecto, y necesitaría un ingeniero como usted. Buscaba además experiencia, pero ya hace dos meses que consulto agencias y no encuentro a nadie

licenciado, ni capacitado, ni con experiencia, ni nada. En fin... ¿Le interesa? —dijo abriendo sus manos con gesto interrogativo.

— Ni siquiera me ha dicho en que consiste el trabajo —pronunció con tono incrédulo y una sonrisa, pensando que se trataba de una broma.

— Aún queriendo, no debo hablar de este tema hasta que estemos seguros de que trabajará con nosotros.

— ¿Estemos?, ¿usted y quién más? —dijo, arqueando las cejas.

— Pregunta demasiado —Su mirada se tornó severa al decir estas palabras.— Todo lo sabrá a su tiempo —se limitó a decir luego.— ¿Le interesa?

— ¿Cuanto cobraré? —dijo, sin poder disimular una mueca de maldad en su rostro.

— Unos 5,260 Euros al mes... —no pudo continuar hablando ya que Joan le interrumpió.

—¿¡5,260 Euros al mes!?! —No se lo podía creer, parecía una broma de mal gusto. Después de tanto tiempo buscando empleo, cuando ya casi había renunciado a toda esperanza, aparece un desconocido que dice que le pagará ¡5.260 Euros al mes!

— Eso sí, trabajando a tiempo completo. Siempre que se le necesite, usted acudirá sin preguntas— Sacó de nuevo las gafas de su bolsillo y se las volvió a colocar.— Bueno, ¿le interesa?

Joan dudaba entre aceptar o no. Si aceptaba, tendría que trabajar en un proyecto del que desconocía absolutamente todo, pero si no aceptaba, pronto no tendría más opción que volver a casa de sus padres, ya que no tendría dinero para pagar el alquiler.

— Sí —dijo. Se arrepintió rápido de su respuesta, aunque no corrigió su fallo: no tenía otra opción.

— Muy bien —la cara del hombre, probablemente ruso, expresaba una mueca de satisfacción: había conseguido lo que quería.— Mañana, temprano, recibirá una llamada. En ella se le dirá cuándo, y dónde ha de venir a trabajar. Yo ya me voy —dijo dándole la espalda a Joan, que volvía a estar solo otra vez, bajo la sombra del pequeño árbol.— Hasta luego —gritó el hombre desde lejos, pero Joan ya no lo escuchaba. Se encontraba tan sumido en sus pensamientos que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Ahí estuvo largo tiempo bajo la sombra del pequeño árbol, que poco a poco fue haciendo menos falta: el sol se estaba poniendo.

Se levantó al fin. El reloj de la calle marcaba las 20:46. Tenía que volver a su casa, comer algo y dormir bien para levantarse temprano y poder recibir la llamada. Ya no quería hacerlo, pero necesitaba un empleo. Aunque sí había algo que no le gustaba, aquello tenía algo extraño. No parecía ocultar nada bueno. Pensó varias veces en el acento del hombre: ruso, no cabía duda...

## Capítulo II

El reloj marcaba las 4:42 cuando Joan se levantó, sobresaltado y lleno de sudor. Su mente, aún semidormida, recordaba torpemente esa terrible pesadilla... En ella, él estaba hablando con Vladimir cuando este le decía “Preguntas demasiado” al tiempo que sacaba de su bolsillo un arma corta y le disparaba a la cabeza. No volvió a conciliar el sueño. Una vez activada, su imaginación no podía parar. Una conjetura le llevó a la otra, mientras que otra parte de sí pensaba soluciones a los posibles problemas que su otra parte imaginaba...

Pero hasta él tenía sus límites. Su cerebro cayó rendido en un profundo sueño.

—Brrrrrrr, brrrrrrr, brrrrrrrrrrrr —se escuchaba vibrar el móvil encima de la mesita de noche.—

Brrrrrrr, brrrrrr, ...—Joan despertó y cogió el teléfono, en un acto reflejo de detener tan molesto sonido— ¿Ya era hora, no? —dijo la voz de Vladimir, con tono familiar y sarcástico. En un principio Joan no se había percatado de quién era el interlocutor, pero pronto se dio cuenta.

— Sí, sí, lo siento —pronunció con voz cansada y llena de nerviosismo. De su cabeza todavía no se había borrado la macabra imagen de cómo Vladimir le disparaba, y él caía abatido, rendido, muerto...

— Joan, ven al Polígono Industrial Europa. Allí encontrarás un deposito llamado auto—cambios Ramírez, que a simple vista parece abandonado o cerrado. Yo te estaré esperando en la puerta de todas formas. Ven a las diez y media —Joan no pudo evitar girar la cabeza para mirar su reloj—

despertador. Eran las 9:17, le daba tiempo. Cuando su mente volvió de nuevo al auricular se dio cuenta de que Vladimir ya había colgado.

Mientras se duchaba, pensó varias veces por qué era tan misterioso Vladimir, por qué le llamaba sin saludar y colgaba sin despedirse, por qué llamaba durante menos de dos minutos. Se le ocurrían varias soluciones al misterio, pero pensó que no podrían ser verdad por el solo hecho de que le daba miedo que lo fuesen.

Después de desayunar, bajó al aparcamiento y cogió el coche, que le había regalado su padre por haber terminado la carrera.

\*\*\*

Cuando llegó, vio a Vladimir a las puertas del depósito. Aparcó su coche por ahí cerca, había muchos aparcamientos vacíos.

— Joan, ven conmigo —le dijo cuando apenas había salido de su vehículo.

Joan le siguió sin queja ni intermediar palabra. Lo condujo por un pasillo con diversas salas a ambos lados. La mayoría parecían ser depósitos y sólo en unas pocas había gente trabajando.

Le hizo que entrara en una habitación en la que había dos hombres de apariencia iraní y una mujer rusa con la que Vladimir intercambió unas palabras en su idioma antes de marcharse.

— Hola, mi nombre es Lena —dijo con un dulce acento ruso.— Sígueme —lo guió hasta un extremo de la habitación.— Siéntate. Vladimir me ha dicho que todavía no sabes en que consiste tu trabajo.—Se toqueteó un poco el pelo y continuó— Bueno, ¿por dónde iba?... Somos un grupo terrorista Ruso—iraní... —paró un segundo para que el joven asimilara la nueva información— ... nuestros gobiernos nos han encargado que atentemos contra el mayor monumento francés, símbolo de su fuerza. Una vez caído su monumento tendrán indicios para sospechar de nosotros y podrían declararnos la guerra, cosa que seguro que harán. Eso es lo que quieren nuestros gobiernos —paró

de nuevo. Joan estaba serio, mudo, se sentía observado, había comenzado a temblar y sentía un sudor frío recorriendo su espalda.— Tu trabajo es diseñar un artefacto capaz de tirar abajo esa dichosa torre —el rostro sereno y alegre de Lena se tornó en una mueca de asco al pronunciar cada una de sus últimas palabras.— Como imaginaras , ahora que sabes esto tienes dos opciones: morir o cooperar.

— Co...operar —dijo con voz temblorosa, asustado... Dos opciones... morir o matar... Era difícil elegir, pero su egoísmo pudo más que la sensatez.

— Bien hecho muchacho, así todo irá mejor —dijo Lena con una sonrisa sarcástica, seguramente. A nadie le gustaba matar inocentes, o eso creía él.

## Capítulo III

Seis meses habían pasado ya desde aquel día, su primer día de trabajo.

Desde entonces, nada había vuelto a ser igual. A la segunda semana de estar “trabajando”, ya no quiso volver a su casa. No soportaba el hecho de que lo vieran por la calle, ni siquiera verse a sí mismo cada mañana reflejado en el espejo.

Había subsistido con poca comida, en una habitación, intentando no pensar, simplemente limitándose a actuar, siguiendo las ordenes. Su conciencia despertaba cada mañana y se preguntaba una y otra vez, <<¿Por qué lo hago?>>. Nunca encontraba una respuesta adecuada, sin embargo, ya la sabía. No quería morir, tenía mucho que perder. Sin embargo poco a poco lo había ido perdiendo todo. Lo primero que perdió fue a su padre, algo que lo marcó durante mucho tiempo. El pobre hombre no sufrió: una noche se fue a dormir y a la mañana siguiente ya no despertó.

También podría decirse que perdió la cordura, ya que escuchaba continuamente una voz en su cabeza que le decía que acabara con su vida, que ya no tenía sentido vivir. Él resistía y seguía luchando por sobrevivir... pero también acabaría por perder la vida.

Sentado en una silla de madera, a la tenue luz de una bombilla, se encontraba Joan con un

destornillador en su mano, conectando algunos cables en la maqueta del prototipo que él mismo había diseñado meses atrás. Pensaba que si la construía él, tal vez podría dejar algo mal conectado con el fin de que la bomba no estallase; pero no era un trabajo fácil, dado que continuamente revisaban todo. Sin embargo Joan no perdía la esperanza, era una de las pocas cosas que conservaba... esperanza.

Una semana antes del día que tenían pensado atacar; Vladimir, Joan y Lena fueron desde Zaragoza hasta Barcelona. Tardaron unas cuantas horas. El silencio y la tensión entre los tres habían sido eternos. Como mucho se escuchaba la voz de Lena hablar con Vladimir. En el maletero del coche estaban los artefactos ya preparados, faltaba conectarlos. Habían sido muchos meses de trabajo, pero Joan los había terminado.

Estuvieron uno o dos días en un hostel cercano a la costa, donde habían alquilado una habitación. En la cama dormía Lena, en el sofá Vladimir y Joan en el suelo, como un animal, acurrucado sobre su propio cuerpo.

En mitad de la noche, cuando ya todos estaban durmiendo, Lena deslizó su estilizado cuerpo fuera de la cama y se acercó al rincón donde, tumbado en el duro y frío mármol, descansaba Joan. Lo zarandeó hasta despertarlo.

— Mmm.... —gemía perezosamente.— ¿Qué... quieres? —dijo con voz adormilada.

— Lo siento, —se limitó a decir Lena— Siento todo los problemas que te he causado... lo siento. Estuvieron hablando durante mucho tiempo, casi toda la noche, podría decirse. Durante esas horas Joan conoció mucho mejor a Lena, y se dio cuenta de que ella también había sido extorsionada por los terroristas. Ella había terminado por asumir que nunca podría escapar de sus redes con vida. Aún así, Lena no tenía pensado cambiar de opinión con respecto al atentado, pensaba que cuanto antes terminara todo, antes podría volver a ser feliz, volver a Rusia con su hermano y rehacer su vida por donde la dejó.

En la medianoche del día siguiente Vladimir les condujo al puerto. Allí les esperaba una lancha motora. Los tres subieron en ella. En total eran cuatro los que había en la embarcación: Joan, Lena,

Vladimir y el Capitán, un hombre de mediana edad. En la oscuridad no se apreciaban apenas sus rasgos, sin embargo, parecía de la misma edad que Vladimir o tal vez un poco mayor. Joan descubrió con asombro que al capitán de la embarcación le faltaba un dedo, el dedo meñique. En su corazón latía la curiosidad, pero no se atrevía a preguntar.

No supo por qué, pero durante todo el viaje Lena lo tuvo cogido de la mano. Tampoco supo por qué él no la soltó. El viaje fue largo y no sabía a dónde se dirigían, pero tenía la intuición de que iban hacia el norte, hacia Francia ¿a dónde iban a ir si no?

En la embarcación, bajo los asientos que había en cubierta, descansaban, bien sujetos, dos maletines, en cuyo interior estaban los artefactos explosivos que utilizarían.

Al llegar a costa, a altas horas de la madrugada, bajaron con sigilo Lena, Joan y Vladimir, quién cargaba con uno de los maletines.. Joan llevaba el otro.

El capitán se marchó mar adentro y en pocos minutos desapareció en la lejanía del horizonte.

La luz de la luna iluminaba la sombría playa. En la carretera que se encontraba más allá de la playa había un vehículo aparcado. Joan y Lena se sentaron detrás, cada uno custodiando un maletín. Lena tenía el que antes había llevado Vladimir, que ahora estaba conduciendo.

Fue una larga noche desde la costa hasta la capital francesa. Llegaron al mediodía a París. Vladimir fue a un hotel donde ya había reservado habitación y allí pasaron los tres días que quedaban para el atentado.

Durante este tiempo estuvieron repasando continuamente el plan, el cual consistía en que, mientras Joan y Vladimir se encargaban de adosar los explosivos a dos de las patas que sujetaban la Torre, Lena y otros dos muchachos infiltrados en la seguridad de la torre, de nacionalidad francesa, se encargarían de que nadie “obstaculizara” la empresa que se estaba llevando a cabo llevando a cabo.

Durante esos días las llamadas de teléfono eran continuas, desde España, Rusia, Irán, Francia. Joan nunca pensó que estuvieran tan organizados. Habían elegido el 3 de agosto para llevar a cabo el atentado, porque era el día en que sus infiltrados en la seguridad del monumento les tocaba guardia junto a otros, que verían como los que fingían ser sus “compañeros” se iban sus vidas para

siempre.

Al fin llegó la fatídica madrugada del 3 de agosto, en la plenitud de la noche. Ese día era luna nueva, por lo que en el cielo no se veía el astro color madre perla que solía alumbrar las calles de la ciudad los días normales. Vladimir y sus secuaces esperaban instrucciones de los infiltrados.

Mientras tanto, en la torre todo sucedía con rapidez: los guardias, Pierre y Boris, habían sacado sus armas y sin mediar palabra habían asesinado a cada uno de sus “compañeros” sin darles tiempo a reaccionar. Todo el cuartel se había convertido en un gran matadero: había cinco cadáveres en el suelo y la sangre aún borboteaba de los cuerpos. Algunos, incluso, fueron rematados. A pesar de esto no se escuchó disparo alguno. No eran tontos; usaron silenciadores. Aún quedaban cuatro guardias vigilando la Torre en el exterior. Los dos infiltrados salieron del cuartel y comenzaron a eliminar, uno a uno, a los otros guardias; todo con un sigilo y una profesionalidad impecables. No se podían permitir el lujo de fallar ningún disparo. Los alrededores de la Torre presentaban ahora un aspecto macabro, pero a ellos no pareció importarles.

Pierre sacó de su bolsillo un teléfono satélite y dijo:

— La casa esta vacía, ya puedes entrar.

Vladimir no lo pensó dos veces antes de salir corriendo junto con Lena y Joan. Ambos cargaban con los maletines y no tardaron ni cinco minutos en llegar a la Torre. Allí les esperaban Pierre y Boris.

Este último acababa de desconectar las cámaras de vigilancia.

Joan y Vladimir se fueron cada uno a un extremo de la Torre y se dispusieron a conectar e instalar los artefactos en los pilares que sustentaban el colosal monumento.

Joan adosó los explosivos en los lugares estratégicos de las patas de la Torre. Conectó los últimos cables que faltaban y tecleó el código de activación.

Antes de pulsar el el último dígito, sacó su teléfono satélite, que le habían proporcionado con anterioridad, y se puso de acuerdo con Vladimir para teclear el número. Por la cabeza de Joan, en ese momento, no surcaron pensamientos, sino simplemente una orden de movimiento.

Cuando ambos pulsaron el último dígito, el 7, los maletines comenzaron la cuenta atrás: diez

minutos. Tenían que salir corriendo ya si no querían que la onda expansiva los matase a ellos también. Joan y Vladimir se reunieron con el resto y los cinco salieron sin mediar palabra, a toda prisa. En poco tiempo se habían alejado bastante, pero no lo suficiente, así que seguían corriendo sin pensar. Se jugaban la vida en aquella carrera. Pero daba igual, las bombas nunca explotarían. A simple vista parecían perfectamente conectadas, pero Joan había saboteado los cables mientras las fabricaba. Por fuera los cables parecían perfectamente conectados, pero dentro del plástico aislante, el cobre estaba cortado. Solo sobresalía el cobre por las puntas, en su interior estaba prácticamente vacío, por lo que sería imposible que estallase la bomba ya que nunca recibiría la orden de hacerlo. Y todo esto no se descubrió gracias al plástico aislante que parecía cubrir el cobre.

Ninguno de todos los que habían revisado el artefacto lo habían detectado. A Joan le costó disimular su satisfacción al saber de antemano que jamás estallarían, pero en todos esos meses que estuvo trabajando en el taller clandestino, había aprendido a comportarse como ellos: frío y calculador, contando sólo lo que quieren escuchar..., y a no tener miedo a la muerte, ya que ésta llegaría tarde o temprano. Si no lo mataban ellos, moriría más tarde, pero sabiendo que no hizo todo cuanto podría haber hecho.

Vladimir se paró en seco. Los otros tres, Pierre, Boris y Lena, que iban mas adelante, no se habían dado cuenta de ellos por lo que siguieron corriendo. Joan se quedó junto a Vladimir, que contemplaba con una mirada perdida como todo su trabajo, su preparación, sus proyectos fruto de tantos años de organización... fracasaban.

Se dio la vuelta y se quedó mirando a Joan con unos ojos que le hubieran erizado la piel a cualquier persona, a cualquier persona excepto a Joan que le sostuvo la mirada mientras Vladimir le decía:

— Tú... ¡¡Tú!! ¡¡Maldito hijo de perra!! —Su voz pudo oírse en la distancia, pero ninguno de los otros tres dejó de correr. Sacó de su bolsillo un arma y le dijo:

— Confíe demasiado en ti —y, seguidamente, le disparó. La bala atravesó la cabeza de Joan y éste supo que su fin había llegado. Siempre se había preguntado como moriría pero nunca se le ocurrió que moriría por salvar a los demás. El disparo pudo escucharse a algunos kilómetros a la redonda

pero a Vladimir eso ya no le importaba. Todo por lo que había luchado había desaparecido en pocos minutos, diez, exactamente. Toda ocasión de volverlo a intentar era imposible, y lo único que sentía era odio, odio, mucho odio.

El cuerpo de Joan cayó al suelo violentamente y pudo ver con sus últimos suspiros como Vladimir vaciaba el cargador en su cuerpo. En cada disparo, sentía como se desgarraba su carne, como la bala atravesaba su cuerpo...

Un gran charco de sangre se había formado alrededor del cuerpo sin vida de Joan.

Vladimir cargó de nuevo su pistola y esta vez se disparó. Murió... Junto al cuerpo de Joan. Vladimir no quería vivir sabiendo que todo cuanto había planificado había sido un fracaso, como su propia vida.

## Capítulo IV

Los disparos habían alertado a la población parisina, y habían llamado a la policía. Esta descubrió los cadáveres de nueve guardias en las inmediaciones de la torre, y dos cadáveres más unos cuantos metros más allá. Uno era de un chaval moreno de rasgos jóvenes y el otro de un hombre de entre unos treinta o tal vez treinta y cinco años de pelo castaño algo canoso ya.

La policía llamó a las fuerzas de seguridad francesa que acudieron inmediatamente al lugar donde habían ocurrido los hechos. Buscando pistas encontraron adosados a la Torre Eiffel unos potentes explosivos que hubieran sido capaz de tirar la Torre abajo.

Mientras tanto, un coche donde viajaban dos hombres y una mujer se dirigía rápidamente al lugar de encuentro con el capitán de una embarcación que les llevaría de nuevo a España. Desde allí irían al extranjero, posiblemente a Rusia o Irán.

Las fuerzas francesas ocultaron toda información con respecto a la fatídica madrugada del 3 de

agosto del 2008. nada se dijo en las noticias, ni en los periódicos, ni en Internet. El orgullo Francés no iba a permitir que los demás países pensaran que eran débiles jamás.

Ninguno de los guardias volvió esa madrugada de trabajar y jamás fueron encontrados. Al igual que los cadáveres de Joan y Vladimir.

\*\*\*

Mientras tanto, en España, en la ciudad de Zaragoza, una mujer bastante mayor lloraba desconsoladamente en el sofá de su casa recordando las últimas palabras de su hijo <<No creo que vuelva con vida>>. Después de esta conversación la madre de Joan intentó llamar repetidamente al móvil de su hijo. Ya hacía tres semanas que había estado llamando sin recibir respuesta. En los últimos días, el móvil ya se encontraba apagado o fuera de cobertura. Eso significaba que ya nadie usaba ese móvil, que lo habrían dejado por algún sitio tirado o que, simplemente, la persona dueña nunca más podría volver a usarlo.

Aproximadamente cuatro meses después del 3 de agosto, la madre de Joan se suicidó una mañana. Desde la desaparición de su hijo y la muerte de su marido se había quedado sola. La mañana del ocho de diciembre se cortó las venas en el baño de su propia casa y se quedó contemplando cómo, poco a poco, la sangre fluía como un río hacia el exterior de su cuerpo e iba manchando con su color carmesí todo cuanto tocaba. Sus últimos pensamientos y palabras fueron para su hijo y su marido.

— Voy con vosotros, esperadme —pronunciaba con una sonrisa demencial en su amargo rostro y una mente carente de juicio.

Varios meses después la encontró la policía sentada en el water. Habían llegado después de que los vecinos alertaran del mal olor proveniente de la casa.

\*\*\*

En Francia, donde había visto por última vez a Joan, Lena se encontraba sentada en un banco, llorando... y pensando en Joan. Se había enamorado de él, tal vez por casualidad, tal vez por pena o, quizás, simplemente era amor... pero lo que sí sabía es que jamás podría comprobarlo.